

# LA FORMA DEL MUNDO

Javier Salinas

Me gustaría ir corriendo por un bosque, pensaba Dena. Me gustaría ir corriendo por los bosques y los campos, pensaba Dena. Me gustaría subir hasta lo alto de una montaña en la noche y contemplar las estrellas, pensaba Dena.

Nunca había corrido por un bosque. Nunca había corrido por un campo y nunca había subido de noche a lo alto de alguna montaña para contemplar las estrellas. Sin embargo, Dena vivía con la esperanza de que algún día sería, como había leído una vez, todas las cosas que amaba; con la esperanza de que algún día sería un bosque y un campo y una montaña en la noche.

Quizás estaba equivocada, pero quizás no. A veces pensaba que tenía mucho tiempo por delante y otras que el tiempo que le quedaba era poco y que nunca podría hacer las cosas que soñaba ser. A veces, por eso, estaba tranquila y otras, mientras, por ejemplo, lavaba los platos a solas en la noche, sentía que le faltaba aire y que no podía respirar. Se quedaba parada con el estropajo en una mano y un vaso en la otra, mientras el agua corría, y no le resultaba fácil imaginar que el mundo podía ser un lugar para ella. Y, además, a veces pensaba que ya era demasiado mayor para andar corriendo por los bosques, que ya no tenía edad para andar por ahí mientras se suponía que tenía que hacerse una mujer de una vez por todas.

Sin embargo Dena no acababa de decidirse a meter todos aquellos sueños suyos en una cajón. Pensaba que, si lo hacía, ella misma también se metería allí dentro. No quería ser una experta en cajones. No tenía ninguna gana. Y por eso pensaba que no debía abandonar sus ganas de correr por bosques y de ser todo lo que ella pensaba que era valioso. Después de todo, ella era la última de su familia que quedaba con vida, y si ella no se decidía a hacer lo que quería, ¿quién lo haría?

Además, sabía que lo haría bien si llegaba a estar en esos sitios. Que correría por los bosques siendo el bosque, y que miraría las estrellas en la noche siendo una de ellas. Sabía que estaría preparada para cuando llegase el momento.

Las estrellas y los bosques no se iban a marchar antes que ella, como tampoco las islas o los mares que de vez en cuando miraba sin querer en las revistas o en la televisión. Cuando ella se marchara todo aquello seguiría allí.

A veces hablaba con los mares por la noche desde su pequeñísimo apartamento en la ciudad, que podía pagar a duras penas. Y, cuando hablaba con ellos en la noche, les decía que un día iría hacia ellos, les decía que le tuvieran preparadas sus aguas. Era hermoso, pensaba Dena, tener conversaciones con los mares. ¿Quién podría decir que las tenía más interesantes?

Se sentía como una especie de hija pródiga que hacía mucho tiempo que no regresaba a casa. A Dena le gustaba pensar así. De hecho podía imaginar lo que quisiera porque al parecer ella había sido abandonada al nacer. La habían encontrado en un cubo de basura gracias a que lloraba sin parar. Le había costado mucho aceptar esto. Y no era que sus padres adoptivos se lo hubieran dicho, fue ella quien lo buscó en los periódicos. Allí estaba la noticia de su hallazgo.

Le había costado superar aquello y quizás no lo había superado. ¿Por qué habría de hacerlo? Ella había nacido y estaba viva y aquello era todo. Eso y que tenía sueños por cumplir. Sueños por llevar a cabo. Había nacido y la habían abandonado y luego la habían adoptado y luego sus padres adoptivos habían muerto y ella se había vuelto a quedar sola. Así que, ¿qué la impedía pensar que hablaba con el mar y con la noche y que buceaba en las costas de una isla hermosa y de gente amable?

Ella venía de la nada y de la muerte y, por tanto, ahora lo tenía todo a sus pies. Llegaba a su pequeñísimo apartamento por la noche después del trabajo e imaginaba que corría por un bosque y que las cosas hermosas la esperaban, le decían, “Dena, te hemos estado esperando tanto tiempo, ¿por qué no has venido antes a visitarnos? Tú eres nuestra heredera, la heredera de los campos y de la noche, de las estrellas y de las aguas transparentes”.

Dena se preparaba un té y un bocadillo de casi cualquier cosa para cenar, y luego se ponía a estudiar para los cursos que hacía en la universidad. A veces lo pasaba muy mal, para qué lo vamos a negar. A veces todo se le hacía como estar caminando en dirección contraria a todo el mundo. Pero no siempre era así.

Cuando le sucedía esto pensaba que los bosques le esperaban, que habría siempre bosques de árboles frondosos que estarían encantados de que ella los recorriese corriendo como si fuera un ciempiés por el tronco de uno de ellos. Se podía imaginar un vida distinta a la que ahora tenía, o a la que había tenido hasta ahora. Sabía que llegaría un momento en que no echaría nada de menos, en el que se diría que ella estaba en el lugar en el que quería estar, ni más cerca ni más lejos,

ni más acá ni más allá. Las olas le estarían esperando y, por qué no, quizás también los brazos de alguien que la amara bien.

Todo eso podía suceder porque ella lo imaginaba, porque no era una extraña en este mundo, sino que era parte de él. Aquello era lo que le mantenía viva, saber de algún modo que ella no era ajena al mundo, que no era que algo que sobraba.

Había aprendido con el tiempo que la vida se podía modelar, que la vida era algo que, hasta cierto punto, se dejaba dar forma en sus pensamientos. O por lo menos en las cosas que se dejaban imaginar. Por supuesto que ella no había imaginado que la abandonarían recién nacida en un cubo de basura, ni que sus padres adoptivos fallecieran en un accidente de avión. Pero Dena sí que se había imaginado a sí misma sobreviviendo y saliendo adelante y volviendo a encontrar un camino que le condujese hacia lo que ella soñaba.

Cuando se enteró de que sus padres adoptivos habían fallecido, se había metido en la cama y se había hecho una bola y había estado repitiendo durante horas: “Me gustaría ir corriendo por un bosque. Me gustaría ir corriendo por el campo. Me gustaría subir por la noche a una montaña y contemplar las estrellas.” Lo estuvo repitiendo durante horas, sin cesar, incluso cuando tuvo que hablar por teléfono con otras personas. O cuando tuvo que ir a reconocer los cadáveres al hospital donde le esperaban.

Se había tenido que imaginar todas las cosas hermosas. Mares, cielos, atardeceres, labios. Necesitaba toneladas de cosas hermosas para su vida. Podía haber salido todo mal y ella no tener más ganas de imaginar nada. Más tarde, sin embargo, llegó a pensar que había habido algo bueno en lo que había sucedido: ya

no volvería a quedarse huérfana nunca más. No solo porque ya no tuviera más padres que perder, sino porque, en adelante, ella sería su propia madre y su propio padre.

Me adoptaré a mí misma, se dijo entonces. Me adoptaré y me cuidaré y me sacaré adelante y me conduciré hacia mis sueños. Yo seré mi propia madre y mi propio padre y no me abandonaré jamás.

Muchas personas en el mundo, había comprendido, se comportaban siempre como si fueran hijos, y a ella le había gustado también sentirse así, acogida y amada por sus padres adoptivos. Pero todo eso había terminado. Y ella entonces nació de nuevo porque se imaginó a sí misma haciéndolo.

Fueron días difíciles, porque le dolieron mucho, porque era como si ella estuviera naciendo desde dentro de sí, como si se estuviese dando a luz a sí misma. Pero, cuando estaba a punto de ceder, se recordaba que todavía tenía muchas cosas hermosas que le esperaban y que la comprenderían sin necesidad de que dijera nada. No tendría que explicarse ante el mar ni ante los bosques ni ante las estrellas. Ellos la reconocerían a kilómetros porque llevaban tanto tiempo siendo por ella imaginados.

En cuanto se decidiera, ellos aparecerían a sus pies y todo alcanzaría la forma por ella soñada. Un día se levantaría de sí y sería todas las cosas que amaba. Sabía que no debía tener prisa y, si algún día dudaba o perdía el camino o sentía que caminaba en sentido contrario al de todo el mundo, no tenía más que ser el bosque y ser el campo y ser la montaña a la que subiría en la noche a ver la estrellas, y esperarse allí.

\*\*\*

